



Recuerdos y Tradiciones

En mis ratos de ocio (que son muchos), me entretengo recordando los viejos tiempos de cómo lo celebrábamos o padecíamos los chicos y mayores, que por entonces pululábamos por las calles de nuestro amado pueblo los domingos y días de fiesta.

—Ha nacido un niño— Los niños venían al pueblo con la ayuda inestimable de la Sra. Comadrona que en las casas donde nacían muchos niños era como de la familia. Donde nacía un bebé se notaba por ese aroma agradable a jabón «de olor» y colonia; y cuando iban creciendo no faltaba en la lumbre el pucherillo de barro con caldo de cocido para cuando el bebé tenía que comer o lloraba.

Las cunas de entonces las hacían los carpinteros de madera, lo mismo que el cubillo donde aprendían a andar. Estos artilugios solían heredarlos los siguientes retoños que iban llegando, pasando después a primos, vecinos, etc. lo cierto es que rara vez estaban desocupados. Aquellos angelitos eran menos exquisitos que los de ahora; cuando se *cagaban* o *meaban* sus madres o abuelas los cambiaban con unos pañales que ellas mismas confeccionaban, los lavaban y secaban al calor de las estufas. Cuando los pobrecillos lloraban y lloraban sin motivo siempre había alguna vecina que los miraba por si tenían «mal de ojo» o «aire». También había otras que te arreglaban pies, hombros o brazos si te los torcías; eran las «fisioterapeutas» que teníamos entonces.

Si teníamos la desgracia de ponernos malos, el médico (si lo veía conveniente) te mandaba algún jarabe que estaba malísimo, pastillas que antes se llamaban «sellos» (creo) que para tragárselos se precisaba un litro o más de agua, pero si tenías la desgracia de que te mandaba inyecciones —apaga y vámonos— cuando llegaba el practicante con su cartera de herramientas sacaba un recipiente donde ponía alcohol, lo encendía, ponía las terroríficas agujas —muy gordas por cierto— para desinfectarlas; no era extraño que los

chiquillos cuando sospechaba que iba a venir el practicante salían huyendo de la casa, lo se por experiencia. En todas las casa había un palanganero con su correspondiente palangana, jabón de olor y una toalla nueva, para uso exclusivo del médico o del practicante.

Las comuniones: Con la llegada del mes de mayo, se celebraban las comuniones, las madres se afanaban en comprar a sus hijas/hijos algún decoroso trajecillo, siempre ateniéndose a las disposiciones dinerarias que por lo general eran bastante menguadas; pero íbamos muy decentes, y en ayunas desde la noche anterior como mandaba la Santa Madre Iglesia y recordaba don Severino. En mi caso (como por entonces era monaguillo) me dijo —bueno José Antonio tú cuando vas a hacer la Primera Comunión— pues hoy mismo si a usted le parece bien, le contesté yo; y así fue mi Primera Comunión. A mis padres se lo dije a la semana siguiente y así les ahorré mi trajecillo de comunión.

Después, para comer, se solía sacrificar el conejo mas hermoso del corral (en casi todas las casa había un corral) acompañado de algunas albóndigas y un cuartillo de vino para el padre; en eso consistía la celebración en muchas de las casas humildes del pueblo, que por entonces eran la mayoría

Las procesiones. En los días de fiesta, cuando se celebran las procesiones, las gentes solían vestirse con lo mas vistoso que tenían en el armario, daba gusto ver a las madres con sus niños chicos en las procesiones, me refiero especialmente a la de Jesús en Semana Santa; era una hermosura cuando se celebraba por la mañana, luciendo los hermanos (la mayoría) hermosas túnicas yendo muchos de ellos con su corona de aulagas. Es una pena que una procesión con tanto lucimiento se celebre por la noche.

Otra de las cosas que entonces me llamaba la atención en la procesión de Jesús, era cuando en su túnica llevaba prendados billetes dinerarios de diferente cuantía, cuando en muchas

familias se pasaban tantas dificultades para comer o vestir. De verdad era una tradición que nunca he llegado a comprender en aquellos tiempos de tanta penuria.

En muchas procesiones, cuando hacía calor, las mujeres se cambiaban de fila donde daba la sombra, pero por poco tiempo, pronto aparecía D. Severino con toda su autoridad poniendo orden en las filas, a la vez que vigilaba para que las chicas fueran decorosamente vestidas con su rebeca, velo, mantilla o pañoleta.

Para mí la procesión más vistosa era la del Corpus Cristi, encontrándose muchos balcones engalanados con vistosos mantones de Manila, y banderas de España; por la calle, los ramos de tomillo proporcionaban un aroma muy agradable a lo largo de toda la calle al paso de la procesión. Aparte de todo esto, los monaguillos de entonces gastábamos todo el incienso que llevábamos. Además en muchos portales ponían altares muy vistosos decorados con plantas y flores deteniéndose la procesión, rezándose algunas oraciones y cantando canciones propias de la festividad. Al finalizar la procesión, la hermandad,





Colaboraciones

invitaba a D. Severino, a la música y a los monaguillos a unos canapés (como se dice ahora) que después del largo camino nos venía muy bien.

Otra de las procesiones que los monaguillos celebrábamos mucho era la Virgen de la Paz; esta procesión, desde la ermita de San Antón iba sin orden ni concierto hasta la llegada a su ermita y allí después de la subasta se dice la Santa Misa deseando todos que fuera corta, porque dentro hacía mucho calor; acto seguido, la her-

mandad nos invitaban a comer, que durante mis años de monaguillo era invariablemente caldereta de cordero que nos venía muy bien. Para mí era la única vez al cabo del año que comía cordero.

Cuando llega esta festividad, siempre recuerdo una anécdota que nos contó mi suegro el tío Félix «Zalaco» que un año, este día hacia mucho frío y a veces llovía; entonces ocurrió que las personas que habitualmente llevaban a la Virgen hasta su ermita habían

huido, entonces, D. Severino, pidió a unos muchachos que pasaban por allí para que llevaran a la Virgen hasta su ermita. Al llegar, allí estaban las personas que habitualmente llevaban a la Virgen; pero D. Severino con toda la razón y autoridad dijo: estos muchachos que con lluvia, frío y barro la han traído hasta aquí desde el pueblo, lo justo es que ellos la pasen a su ermita, y así ocurrió.

José Antonio Ruíz Sánchez

LA HERRADURA

AMIGOS DEL MUSEO ETNOLÓGICO DE SANTA CRUZ DE LA ZARZA

Así debió de ser la vida de los primeros pobladores de nuestra madre Tierra, el abandono de la Caverna debió de ser por que se dio cuenta de que los detritus que había sacado fuera de ella crecían con gran facilidad, y con el tiempo empezó a buscar el habitat mas apropiado para su desarrollo, Clima, Altura, (Morras y Motas), y valles con agua, y buscando para facilitar su trabajo adaptó a los animales que tenía en su entorno, y pronto se dio cuenta que tenía que proteger sus pezuñas, y siempre su mente en activo llegó a crear la HERRADURA.

Se desconoce los primeros pobladores que la adaptaron, pero en las excavaciones del Poblado Celtíberico de Anquita (Guadalajara) se han hallado algunas y los Romanos, paralelas a sus famosas Calzadas empedradas, tenían unas Pistas de tierra para que andasen mejor las caballerías, de todas formas sus pezuñas requerían gran cuidado, porque al crecerles el casco se encojaban, y así fueron apareciendo personal especialista en curarlo, Veterinarios y Herraderos donde se herraban, para lo cual había los Herradores, por que herrarlos requería la limpieza de la pezuña, recortar el casco y limpiar bien la ranilla, a estos también se les denominaba Mancebos.

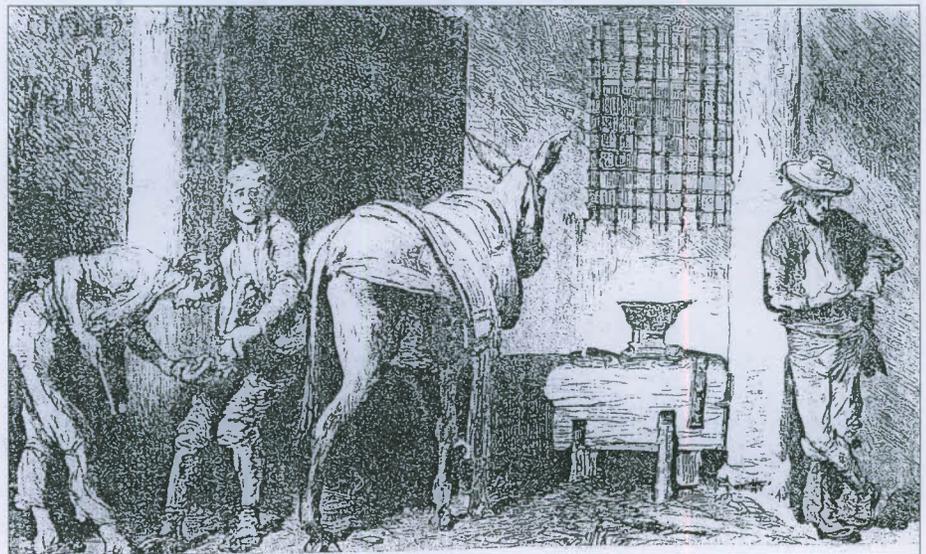
A primeros del pasado siglo había en nuestro pueblo tres Veterinarios,

D. José Andrés Martínez, D. Mariano Sotoca, y D. Benito Loriente, cada uno de ellos tenía su Herradero con sus Mancebos. Este último, el tío Benito «el Bombo» vivía en Los Caños y todos los años cuando bajaba la procesión de la virgen de La Paz, ponía un árbol de pólvora.

Contaba el tío Milagros Martínez, hijo y hermano de veterinarios, el Cuento del Herrador, que así era, un día entro en el herradero un arriero con cuatro Burros para herrarlos, y pregunto el precio, el Mancebo se lo dió y al arriero se le hizo muy caro. Después de mucho regatear, como entonces era corriente, el arriero no

aceptó el trato, entonces el Mancebo, Herrador, le propuso un trato, no le cobraba nada por las herraduras, eran cuatro burros, suponían dieciséis herraduras, tampoco le cobraba por el trabajo, solo le cobraba por el primer clavo un céntimo, por el segundo dos, por el tercero cuatro y así hasta los treinta y seis, el arriero supuso era una ganga, hecho el trato, y dándose la mano como aceptación y formalidad el herrador realizó su trabajo, pero hay que terminado este y echada la cuenta, tubo que dejar los burros en el Herradero.

Joaquín Arias Loriente



El herrador de aldea. Ricó.